



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

PIANISTAS NOTABLES
MARÍA LUISA CHEVALIER



De todas las pianistas
que hoy muestran lo que valen,
es Luisa la primera
(sin agraviar á nadie).

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Declaración, por Eduardo de Palacin.—El capataz enmascarado, por Juan Pérez Zúñiga.—Los orgánicos, por Francisco Flores García.—Cantares, por Ricardo J. Carreras.—Lo que son las curas, por Simón Delgado.—Suerte de la persona, por Luis Rey y Villanueva.—Buena idea, por Fernando Romero.—Uno, por Ramón Caballero.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Luisa Chevalier.—Mescalenta.—De la murga, por Cilla.



Hay quien dice que ya está ahí el tan acreditado *dengue*, al que algunos llaman *trancazo*, otros *influenza* y otros *grippe*.

Es lo bueno que tiene esta enfermedad: cada cual le pone el nombre que más le gusta, de modo que en vez de epidemia parece una broma.

Aparte de esto, se sabe que no es mortal. Los únicos que sucumben son los que, hallándose invadidos, meten la cabeza en una disolución de tinta y aceite de linaza, ó se comen un queso de bola, ó se bañan en la fuente de la Teja á las doce de la noche.

Con un poco de cuidado y un sudorífico bueno, ya pueden venir *gripes* y *moquillos*, en la seguridad de que no ha de haber víctimas.

Así y todo, no faltan espíritus apocados que tiemblan ante la idea de la invasión y andan mirándose al espejo, para ver si les salen pintas en el cutis ó si se les pone morada la punta de la nariz, como si fuera de veludillo barato.

La enfermedad se manifiesta por medio de un picor excesivo en las articulaciones; siente uno así como ruidos sordos en el abdomen y un deseo vehemente de maltratar á la criada.

Lo primero que debe hacer en este caso es alejarse de la cocina y tomar unos pediluvios bien cargados de mostaza; después debe de provocar el sudor con el ejercicio corporal, subiéndose á una mesa y dejándose caer de golpe sobre los ladrillos, ó bien envolviéndose en un mantón y saliendo á ver una zuzuelita de las que ahora se usan.

A las dos ó tres horas habrá desaparecido el *dengue*, por hondo que sea, y ya queda uno en disposición de todo: hasta de aprender á tocar la guitarra por cifra.

Por supuesto, hay muchos que tienen muy mala opinión respecto al *dengue*, y le atribuyen toda clase de perjuicios.

—Mire usted—me decía uno,—si yo me sintiera atacado, lo primero que hacía era envenenarme con fósforos, porque no quiero morir de esa enfermedad terrible, que altera las facciones.

—No hay semejante cosa.

—¿Cómo que no? ¡Pues si me han dicho que se le pone á uno el cutis como si fuera cordilla!

Es preferible el *dengue* á cualquiera otra enfermedad de esas que nos obligan á vivir sumidos en cataplasmas ó impregnados de unturas más ó menos olorosas. Las hay que huelen á mozo de cordel veranajego mezclado con alcanfor.

El *dengue* asusta á los seres de poca imaginación, y éstos, en cambio, se conforman con un catarro agudo, que exige por de pronto el uso del sebo ó la aplicación de emplastos aceitosos.

A lo mejor va uno á visitar á un sujeto, y nos recibe metido entre mantas y con un pañuelo atado á la cabeza á guisa de turbante.

—¿Qué es eso, D. Serapio?

—Nada; un catarrillo, pero por precaución me he quedado en casa.

—¿Ha venido el médico?

—No, señor—contesta la esposa.—Para estas cosillas ligeras, tengo yo una porción de remedios caseros. Por de pronto, le he hecho tomar un cuartillo de agua de regaliz, bien caliente, mezclada con lichen y cáscara de huevo. No hay cosa mejor. También es muy buena el agua del bacalao, bien cojadita. Después le puse un papel de estraza, mojado en manteca de cerdo, encima del corazón, y unos sinapismos al vientre hasta que se le puso colorado. Ahora se queja de los huesos, pero voy á darle una untura con hígado de vaca y leche, que es como mano de santo.

El pobre señor es víctima de los remedios caseros y tiene que sufrir dos males, el catarro y las medicinas de su esposa; pero todo lo sufre con resignación con tal de que no venga el *dengue* á Madrid y le coja á él.

—Esas enfermedades extranjeras me asustan—dice D. Serapio.—Las de aquí me inspiran más confianza, porque ya las conocemos.

—¡Claro!—añade su señora.—Por de pronto, son palisatas de nno.

El caso es que el *dengue* ó *trancazo* está aquí, según dicen las personas bien enteradas, y debe de ser cierto, porque la gente se queja de debilidad en las articulaciones.

Ayer me decía un amigo, que está de huésped en casa de doña Zenona, vinda y déspota de la calle del Humilladero:

—¡Ay! Yo me siento morir. ¿Querrás creer que no tengo fuerzas para atarme las cintas de los calzoncillos? ¡La vista se me apaga!...

—¿Será el *trancazo*?

—No: son las féculas debilitantes de D.^a Zenona. Desde Agosto del 86 estoy almorzando judías estofadas, fatal é inevitablemente.

—Pues ¿para qué quieres más *trancazo*?

* *

Donde se ha declarado el *trancazo* ha sido en el Congreso.

Y si no, que lo digan los concejales.

Hay alguno que no se puede mover, á causa de las palizas con que le han obsequiado los impugnadores del Ayuntamiento.

Parece ser, según resulta de los hechos denunciados, que en aquella santa casa ha habido sapos y culebras....

¡Y pensar que yo respetaba á los tenientes de alcalde! ¡Cuántas veces he saludado al de mi distrito, con la mayor consideración, por suponerle dotado de virtudes cívicas!

—Vaya usted con Dios.

—Servidor de usted.

El hombre vendría á lo mejor de firmar un expediente en virtud del cual pagaba el municipio miles y miles de pesetas á un propietario feliz, ¡y yo no sabía nada!; antes bien, me sentía atraído hacia aquel sujeto, que representaba mis intereses en la municipalidad, y al verle envuelto en el gabán de pieles, con el bastón en la mano derecha y la izquierda metida en el bolsillo, exclamaba filosóficamente:

—Es bastante feo, no se puede negar; pero debo admirarle y le admiro, porque sacrifica su reposo en aras del país, porque sirve al pueblo graciosamente, porque nos ama á todos como si nos hubiese llevado en su seno....

¡Sí, sí! ¡Buenos peces nos han salido los concejales!

Dicho sea sin ánimo de ofenderles en lo más mínimo.

LUIS TABOADA.

DECLARACIÓN

Sé que me quieras bien y yo te quiero,

te quiero de verdad;

y sé que piensas en casarme, pero....

¡es una atrocidad!

Yo sería capaz, por darte gusto,

de matar á un *bourreau*;

pero ¿casarme? No, ¡pues si me asusto

viendo un *sacerdoteau*!

Puede un hombre querer.... hasta las cachas

á cualquiera mujer,

y dejarse querer de las muchachas:

¿el hombre qué ha de hacer?

Y tener relaciones muy formales

para hablar.... por hablar;

nada de compromisos conyugales,

porque eso es abusar.

Bien sabes que yo fui muy comedido

y que nunca te hablé

de pasar de ser novio á ser marido;

vamos, no te engañé.

No sé si alguna amiga ó el demonio

te inspiró esa pasión:

¡tú, que hablabas tan mal del matrimonio,

pensar en nuestra unión!

Yo soy un hombre ya maduro y feo,

de conducta ejemplar,

por lo que hablarme á mí del himeneo

es gana de charlar.

Amistades sabrosas con mujeres

que sepan distinguir,

esto sí. ¡Yo casarme? ¡Que si quieres!...

¡Lo que haría reír!

¡Yo, que he sido prior, hacer ahora

de lego!... ¡Voto va!...

Solamente el pensarle me acalora.

Ea, déjame ya.

Y si quieres vivir como has vivido,
sin otra pretensión,
vuelve á mí.... Si deseas un marido....
Miura puede que tenga proporción.

EDUARDO DE PALACIO.

EL ESTUFISTA ENAMORADO

Carra de amor que á Calixta,
horchatera de pistón,
manda Juan, el estufista
de la calle del Carbón.

Calixta: Yo quiero hacerte
mi esposa, porque es profundo
mi amor, y me carga el verte
dar chicos á todo el mundo.
Ni hago nada de provecho,
ni puedo vivir así,
¡que hay una estufa en mi pecho
encendida para tí!
Sólo está en la horchatería
mi pensamiento, si no,
nadie explicarse podría
lo que ayer me sucedió:
que al gestionar que un tal Cerro
pagase unos trabajillos,
en vez de «tubos de hierro»
puse en la cuenta «barquillos.»
Como tu alma es un peñasco
y la mía es un chubasquí,
temo que me des un chasco,
porque no me falta *pasquí*,
y es muy fácil, prenda mía,
que ante mi pasión te atufes
por no hallarse todavía
preparados los enchufes;

mas cómo entre el fuego estoy,
y tú entre la nieve estás,
al ver lo ardiente que soy,
al fin te derretirás.
Si eres buena y no me engañas
satisfaré tus antojos,
y quemaré mis pestañas
en la lumbrera de tus ojos;
mas si alguna mala idea
llegase á cruzar por tí,
no tendrías chimenea,
pero lo que es leña.... sí.
De tu papá un puntapié
bien poco me importará,
porque al cabo escaré
los humos á tu papá.
Deja la zarzaparrilla,
deja el agua de limón,
y calientate en la hornilla
de mi pobre corazón.
Olvida las torpes frases
de tus torpes parroquianos,
entre cebada no pases
ni entre chufas más veranos,
y ve pensando en tu hogar,
porque yo no desconfío
de que Dios llegue á enchufar
tu corazón con el mío.

Por la copia,

JUAN PÉREZ ZÓRIGA.

LOS ORGANILLOS

Excmo. Sr. Gobernador: V. E., que puede cometer alguna que otra arbitrariedad, y se queda tan fresco—dicho sea sin ánimo de ofenderle,—no podría encontrar un medio habil—dentro de esa arbitrariedad—que nos librase de los organillos callejeros?

¡Ay, Sr. Gobernador!....

Cuando V. E., dando palos de ciego y queriendo descubrir los autores de *aquello* de Carabanchel, la emprendió con los organilleros y principió á ponerlos á la sombra, prestó V. E., inconscientemente, un gran servicio al vecindario de Madrid.

No es que el vecindario quisiera que esos infelices resultasen criminales—en aquel concepto,—no, señor—¡pobrecitos!—Ocurrió, sencillamente, que estuvimos en la gloria aquellos días en que ellos sufrieron persecución por causa de la justicia.

Porque *esto* de los organillos, Sr. Gobernador, ha llegado ya á un punto de caramelo, como quien dice.

Supongamos que á V. E. se le antoja escribir una comedia (ya sé yo que V. E. no es capaz.... de gastar su tiempo en esas fruslerías); supongamos, digo, que V. E. se pone á escribir una cosa delicada, una Memoria, por ejemplo, y que en el momento de tomar V. E. la pluma, se sitúa debajo de los balcones del despacho de V. E. un organillo, con su *artífice* correspondiente, y está allí tres horas *consecutivas* dándole al *dengue*, como quien dice.

No hay trabajo literario posible.... con esa *lata*.

El éxito desgraciado de algunas comedias.... y de algunas Memorias se debe, Sr. Gobernador, en primer término, á los organillos callejeros.

La monotonía es norma principal de esos músicos *por aproximación*.

Empiezan con la *pobre chica*, ó con los *ratas* ó los *matuteros*, y no saben concluir nunca.

La *pobre chica*, además de molestarle á uno con su eterna repetición, disloca á la criada hasta el punto de que no puede usted contar con ella mientras dura su apología musical. Todas se creen personificación exacta de la creación artística, y empiezan por crearse defraudadas en sus intereses si no les entregan diariamente

«tres duros para pagar.»

Los *ratas*, que molestan igualmente, traen á la mente del ciudadano pacífico é irritable la impotencia de V. E., Sr. Gobernador, para concluir con los tomadores.... y con los organillos; que si los primeros le roban á uno el reloj, los segundos le roban el tiempo.... y la paciencia, y, como el tiempo es oro,

el robo viene á resultar de la misma importancia, suponiendo que el reloj sea también de *ese vil metal*.

Y no hablo de la paciencia, porque esa hay que valuarla según el temperamento de cada cual.

¿Y cuando están cuatro horas y pico tocando aquello de

«Pasan por el puente
muchos matuteros,
y los dependientes
son muy embusteros?»

De memoria sabemos V. E. y yo.... y todo Madrid—sin que los organillos lo toquen—que los matuteros pasan por el puente y por donde les da la gana, y que los dependientes.... de consumos son, además de *muy embusteros*, algo más que el autor del *cantable* ha omitido, sin duda porque no cabía en el ritmo musical.

Si sabemos todo esto y hemos admirado y aplaudido durante muchísimas noches á la *pobre chica* y á los *ratas* y á los *matuteros*.... y hasta á los *dependientes*, ¿por qué nos han de someter á este martirio diario, sin respetar el derecho, que indudablemente tenemos, á vivir tranquilos y á disponer de nuestro tiempo?

No es que no me guste la música de Barbieri, Chueca y Valverde; todo lo contrario, me gusta muchísimo; esos autores son verdaderas espasmas del arte, y sobre todo, son músicos genuinamente españoles; pero ¡ay!.... la música de esos maestros pierde mucho en los organillos.... y nosotros también perdemos mucho, Sr. Gobernador, al dárnosla con esa insistencia y aun persistencia, si vale decirlo, que creo que vale.

Y no hay medio humano de librarse de esa musiquita.

Un vecino mío, astrónomo de afición y jardinero de oficio, hombre que, como se ve, ha querido abarcar el cielo y la tierra, creyó haber dado con un medio ingenioso (al cualquier cosa le llaman ingenio) para librarse de un organillo. El medio fué tirarle una peseta por el balcón y decirle á grandes voces:

—¡Váyase usted de ahí, infame, y no vuelva en todos los días de su vida!....

Con efecto, el organillero se fué con su artefacto (que diría Rojo Arias), después de cerciorarse de que la peseta no era falsa.

Pero al otro día, á la misma hora, ya estaba *allí*, tocando con más bríos que nunca.

El astrónomo-jardinero le echó dos reales, pero aumentó los insultos considerablemente.

El organillero se fué. *¡Pera!*.... en lugar de volver al otro día, volvió aquella misma tarde, y ya no era música, era una cencerreda frenética la que producía su organillo.

Ciego de ira mi vecino, y poniendo el grito donde estaba su *afición*, arrojó al audaz perturbador de su reposo una maceta de pensamientos dobles que criaba con gran esmero para el consumo de un genio agotado.

El organillero se echó á un lado, y la maceta rompió el artefacto.... digo.... el organillo.

Mi vecino tuvo que ir ante el juez municipal, el cual le impuso una fuerte multa.

Lo *cuál* que lo de la multa no le chocó á mi vecino, que ya sabe cómo las gastan los jueces municipales.

Excmo. Sr. Gobernador: Como digo al comienzo de estas líneas, V. E. puede cometer alguna que otra arbitrariedad, y repito que no quiero ofenderle.

Pues bien: esto sentado, ¿por qué no comete V. E. una arbitrariedad, suprimiendo los organillos callejeros?

¿Que no hay derecho para eso?

¡Ya lo sé! Por eso digo que cometa V. E. una arbitrariedad.

En cuyo caso, podría V. E. decir con el poeta:

«Que haya una *arbitrariedad* más que importa al mundo»

No sé si habrá notado V. E. que el verso es *en poco* largo.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

CANTARES

Negrés como mis penas
son sus cabellos,
y sus ojos azules
como mis sueños.

(No comibo las estrellas
sin esa mentim azul....
¡Como no comprendo amores
si no las inspiras tú

¡Mirad si tendré ternura
la risa de mi morena,
que siempre que ella se ríe
los pájaros le contestan!

Morena, no derrames
tanto salero,
que vertes sal es signo
de mal agüero.

¡La escala de mis dolores
qué difícil es de andar!...
¡Cada peldaño que subo,
me falta un peldaño más!

Cuando Lola se confiesa,
¡hasta el confesor se pone
rojo como una cereza!

RODOLFO J. CANTARERO.

MEZCOLANZA



—¡Á mí no me la dan! Esa baraja tenía lomenos diez y siete caballos.



—Y ya van diez veces con ésta que te traen aquí por borracho.
—Diga usted, camará, y si yo me abonara, es un digamos, ¿me harían una rebajita en las multas?



—¿Cuánto quiere usted por llevarme hasta Carabanchel?
—Cinco pesetas.
—¡Hombre! Eso es muy caro. Métase usted en el coche, y yo le llevo á usted por la mitad.

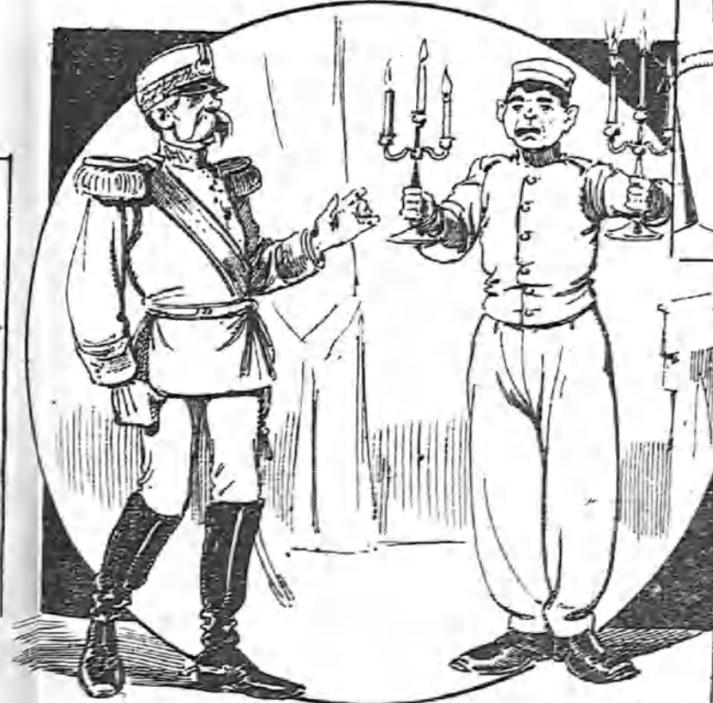
—Pues nada, que él dijo pestes de Lola, y yo, como era natural, salí á su defensa. Pero se pusieron las cosas de tal modo, que acabó por darme una bofetada.
—¿Y qué resultó?
—Que durante dos meses tuve el carrillo como una sandía.



—Pues mire usted, yo me encontré el otro día en la Carrera de San Jerónimo un billete de veinte duros.
—Lo devolvería usted.
—¡Claro que lo devolví!... á la circulación.



Otros tienen mejores caras.



—¡Saluda, animal!
—Pues haga V. E. el favor de tener tan y mientras estos candelabros.



—Pero ¿no parece por ahí mi pantalón?
—No señor, no parece. ¿Usted está seguro de que lo ha traído?



—Te van á traer de París un hermano.
—¿Lo sabe mamá?

¡LO QUE SON LAS COSAS!

CARTA DE PERENGANO A PERENCEJO

Entre la playa y la ciudad habito con la calma dichosa de un bendito. Igualmente confusos los rumores llegan á mí del pueblo y de las olas, y vivo, sin placeres ni dolores, con la campiña y con el mar á solas. Lo que aquí pase hoy será lo mismo que lo que ayer pasó, ó el otro día. Esta es la explicación de mi mutismo: la tranquila y feliz monotonía.

A romper este plácido sosiego la semana pasada vino un suceso triste. La arribada de un vapor consumido por el fuego. Te diré cómo fué. ¡Qué noche hacia! Vertiendo su incansante espumarajo de rabia, el mar rugía, y tronaba y llovía como si el cielo se viniera abajo. En esto, allá á lo lejos, sobre las negras olas, de repente brillaron los reflejos de una inmensa fugata intermitente. Era el barco que ardía corriendo sin cesar sobre el abismo, moribundo sublime que se hacia en blandón funeral consigo mismo! Centenares de seres desgraciados, convulsos, espantados ante aquella desgracia ineludible, yacían en la proa amontonados, previendo una catástrofe terrible. Atrás en tanto, se abrasaba todo, y crecía el incendio de tal modo que marchaba impetuoso hacia adelante con paso de gigante. Solo un hombre en la popa, fuertemente agarrado al timón, como un valiente cumplía su deber, firme, sereno, y guiaba al vapor en su carrera para ganar el puerto, si pudiera, ó morir en la empresa como bueno. Las llamas le envolvían y, al parecer, matándole gozaban; azotaban su rostro si subían, y quemaban sus pies cuando bajaban. ¡Figúrate lo horrible de la escena! ¡Pero el héroe triunfó! Ninguno sabe por qué milagro la abrasada nave llegó á la playa y encallo en la arena.

¡Qué alegría y qué gritos en el puerto! Todos los pasajeros se han salvado... menos el timonel, que achucharrado paró en el hospital y allí se ha muerto.

Este detalle triste no ha podido turbar las expansiones de la playa, porque ya le han metido en la fosa común, y cruz y raya.

Y allí descansa el hombre, un poco más allá del monumento de un bravo general, que tuvo nombre porque envió á morir á un regimiento.

Por Perengano,
SINESIO DELGADO.

SUERTE DE LA PERSONA

Así como hay individuos que han nacido para comerciantes, y no parece sino que les han saído los dientes en el mostrador y las uñas en la vara de medir, hay otros que tienen vocación de compradores, y el hortera más ducho no puede resistir la simpatía de su charla ni las pesadeces de su regateo.

No todos saben comprar barato.

A la mayoría de las gentes nos cuesta todo un ojo de la cara, y es preciso ser un Argos para no quedarse ciego al ir de tiendas.

—Yo no sé cómo me las arreglo—decía una señora, trayendo sus compras en un paquete,—pero todo lo saco por la mitad.

Y, en efecto, descubrió una jarra partida en dos pedazos.

A imitación de aquel litigante que se dejaba arrancar un ojo

con tal de que á la parte contraria le quitasen los dos, personas hay que no comerían pan si supieran que el vecino de enfrente le compraba más barato.

—Supongo que me rebajará usted la sombrilla.

—Señora, le prevengo á usted que ahora se llevan altas.

—No, si me refiero al precio, que es exorbitante. Ganan ustedes más que á robar. ¿Cómo he de pagar yo eso? ¡Están ustedes locos!

—En cambio, usted tiene mucho de cuerda.

—¿Por qué, hijo?

—Porque parece que se la han dado á usted antes de venir.

En materia de objetos de comercio, ya se sabe, unos pagan el caro y otros cobran el barato.

—Vamos á ver, esta corbata de frac, ¿cuánto es?

—Lo que marca la etiqueta.

—¿Y este par de guantes?

—Lo que ahí diga; véalo usted.

—¿Y estos botoncitos?

—Pues eso, lo que la etiqueta marque.

—Vaya, entonces deme usted un par de alpargatas, que eso sí que no lo marca la etiqueta.

¡Qué orgullo siente la mujer hacendosa, cuando al volver á casa y preguntar á los demás el precio que calculan á las mercancías que ha comprado, todos se quedan en sus cálculos muy por encima del verdadero importe!

—He comprado un loro. ¡Si vierais qué mono!

—¿Y cuánto te ha costado?

—Querían diez duros y medio, pero yo lo he sacado sin el pico.

—¡Pobre animal! Devuélvelo y dí que se lo peguen.

¡Qué satisfacción la del empleado que enseña orgullosamente á sus compañeros de oficina una chuchería comprada casi de balde!

—Pero, hombre, ¿dónde encuentra usted esas gangas?—dice uno.

—¡Habrás visto suerte de hombre!—exclama otro.

—¡Valiente tiñoso está usted!—añade el de más allá.

—Hay que entender á los pícaros de los comerciantes—responde él;—todo es cuestión de despreciar la mercancía y regatear mucho. Paciencia y saliva, como lo del elefante.

Si hubiera habido tipos así entre los escribas y fariseos que compraron á Jesús, hubieran conseguido que Judas Iscariote dejase á su maestro en 27 dineros á todo tirar.

Señoras hay que, á puro de entrar en las tiendas de modas, puede decirse que conocen las telas palmo á palmo.

—Es usted muy cicatero; ya mediré yo.

—¡Ay, señora!—replica el hortera echando palmos.—Va usted á salir perdiendo, porque su mano de usted es muy pequeña.

Cuentan de un batirro que entró en un comercio de la Puerta del Sol é hizo sacar telas rojas de damasco, terciopelo, faya y cuanto más rico había en la tienda.

—Pero ¿todavía no encuentra usted matiz de su gusto?

—Hombre, callese usted y saque más.

Salen al mostrador piezas y retales que es un gusto, y al fin dice el aragonés, señalando una percalina:

—Bien; pues ahora deme usted un dedico de ésa, que es pa pescar ranas.

Los compradores de oficio conocen las maulas á la legua, y van siempre á caza de novedades.

—En el landó—dice un lacayo—está la señora marquesa, que viene á ver si tienen ustedes alguna novedad.

—Dile que sí; que el chico se ha caído por las escaleras y está echando sangre por las narices.

Hay compradores molestos en grado sumo.

—Vamos á ver, Fulano: ésta y yo venimos á comprar objetos de fantasía para un regalo de boda. ¿Qué crees tú que podremos llevarnos?

—Pues se llevarán ustedes... un par de años todo lo más.

—No, hombre; me refiero á los objetos.

—Hay cosas muy lindas en oro, en plata, en bronce....

—¿Y en porcelana?

—Sí, señora; también.

—Vaya, ¡más vale así!

—No, señora; así valen menos.

LUIS ROYO VILLANOVA.

BUENA IDEA

Me acabo de encontrar en un bolsillo tres ó cuatro pitillos del estanco, y envuelto en un papel que ha sido blanco y hace poco más bulto que un pitillo.

un cuarto de azafrán para el puchero,
 que compré al abacero de la esquina;
 ítem más, una enorme tagarmina
 de á real, entre retaco y coracero.
 Alterando las reglas del conjunto,
 cojo el papel del azafrán, lo enciendo,
 y como los pitillos y el retaco
 de todo han de tener menos tabaco,
 arrojé los cigarros.... De este modo,
 viendo desvanecerse con el humo
 la especia que mi boca va absorbiendo
 como si fuera néctar ó ambrosía,
 bien puedo asegurar qué es lo que fumo.
 ¡Lo que es con los cigarros no podría!

FERNANDO ROMERO.

UNO

¡Vedle allí! Saluda siempre,
 más que de grado por fuerza;
 sonrío á todo el que pasa
 con gracia que á muchos pesa,
 y al uno el sombrero quita
 al par que la honra que lleva,
 y al otro la mano ofrece
 que aliva limosna espera.
 ¿Y quién es? Pues uno de esos
 que sin cesar se pasean,
 y sólo viven si empapan
 vil mendrugo en hambre ajena;
 ó, cuando á fuerza de halagos,
 pedazos de su vergüenza,
 ablandan al miserable
 que halló fortuna más cierta;
 y venga ó no venga á cuento,
 á todo bribón le cuentan
 lo que Fulano les debe
 y callan lo que á él le deban.
 Aunque desnudo por dentro,
 viste con lujo por fuera
 y lleva *soberbio* traje
 para encubrir sus miserias;
 que un solo aplauso le dió
 pan, que á otros tra bajo cuestas,

y vieja y desnuda historia
 ropa que parece nueva.
 Mas, si de limosna come,
 y de caridad se acuesta,
 y por murmurar se viste,
 y por adular alterna,
 y al sabio descubre entredos,
 y al necio busca pareja,
 y al miserable redime,
 y al humilde reverencia,
 y el uno le escucha y cree,
 y el otro le trae y lleva,
 y al de más allá no paga,
 y al de más acá se pega,
 ¡hace bien! que al fin y al cabo
 la culpa no es suya entera,
 sino de aquellos que le oyen,
 y aun le buscan y le rugan,
 y á su saludo, dan gracias;
 y á sus invenciones, cuerdas;
 y á sus apóstrofes, campo;
 y á sus *sablazos*, licencia.
 Y es muy justo que le pague
 todo necio que le deba
 ó pregón de dicha propia
 ó secreto de honra ajena!

RAMÓN CABALLERO.



En la calle del Grajal,
 número que no revelo
 porque no parezca mal,
 hay un cuarto principal....
 encima de un entresuelo.

—Oiga usted, Venancia.
 —Mande usted, señorita.
 —¿Dónde ha comprado usted esta carne?
 —Pues en la carnicería de siempre.
 —Pero ¿no ha visto usted que casi toda es hueso?
 —¿Y yo qué voy á hacer? Ya le he dicho al carnicero que si hubiera
 sido para mí no se la tomaba.

Un fraile, de apellido Romeral,
 bebía en una copa de cristal,
 y un seglar, de apellido Monedero,
 bebía en modestísimo puchero.
 ¡Bien dijo aquel que dijo
 que no todos bebemos en botijo!

LOS 4.

En la peluquería:
 —Buenas noches.
 —Felices.
 —¿Qué va á ser?
 —Afeitarme. ¿Es usted el mismo que me sirvió la semana pasada?
 —Sí, señor.
 —Pues haga usted el favor de darme cloroformo.

Nuestro amigo Gutiérrez
 está dengoso,
 y se ha puesto con eso
 más fastidioso....

El reloj tiene cadenas
 y se me las has echado,
 que yo, como los relojes,
 doy horas, medias y cuartos.

En el juzgado:
 —¿Es cierto que ha robado usted un melón?
 —Sí, señor, es decir, yo no lo he robado: lo que he hecho ha sido co-
 gerlo y llevármelo á casa, porque como no sabía el precio....
 —Podía usted haberlo preguntado.
 —¿A quién?
 —A la frutera.
 —¡Ah, señor juez! Es que soy muy tímido con las mujeres.

Si en un cantar se pudiera
 decir todo mi cariño....
 ¡en éste que escribo ahora
 pudiera yo haberlo dicho!

LOS 4.

Libros:
Rafael Calvo y el Teatro Español se titula el sexto folleto literario de *Clarín*, que acaba de ponerse á la venta en casa de Fe y librerías principales. Precio: una peseta.
La última voluntad, novela de Emilio Zola, traducida esmeradamente al castellano y publicada por la empresa *España Editorial*. Precio: 3,50 pesetas.
El claustro materno, cuadros históricos disolventes por el Padre Froilán, pseudónimo con que se encubre un ingenioso escritor. Biblioteca del Libro pensamiento. Precio: una peseta.
El estudiante brujo ó maravillas de la ciencia, un curioso folleto que forma parte de la Biblioteca Util. Precio: un real.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Oriental.—Ese final es verdaderamente desastroso.
 Sr. D. S. A.—Sevilla.—Otro soneto. Y con el segundo verso de la siguiente guisa:
 «Vivir contigo sería gran consuelo.»
 Por lo cual no podemos seguir adelante, no sea que sobren más sílabas.
Gregorio.—Y vamos á ver, ¿por qué todos los de Sevilla han de echarse las de graciosos?
 Sr. D. J. A.—Alicante.—Se recibió.
 Sr. D. M. L.—Teruel.—Mala idea debe usted tener de los consonantes cuando escribe *ingrata* después de *idolatra*, y cree que ha salido del paso.
 Sr. D. L. G.—Salamanca.—No, señor, ni para la tumba sirven.
Fray Palmeta.—¿Sonetos serios con final en guasa?
 Eso es sistema antiguo. Ya no pasa.
O. K. Siones.—Ha hecho usted una composición larga y pesada de un epigrama corto ... y viejo.
 Sr. D. A. C.—Madrid.—¡Ay! No puedo decirle á usted que me mande la firma. Es decir, sí puedo, pero no vendría al caso.
Taco.—Los versos mal medidos no son versos.... Ergo hay que tener mucho cuidado con las sílabas.
El remunerador espléndido.—Dios le conserve á usted la esplendidez.... y no digo que le conserve la gracia porque no la he visto todavía.
Pichi-catto.—Lo mismo digo.
Serafinito.—Eso ya no es embriaguez, locura, delirio es!
 Sr. D. P. P.—Madrid.—La versificación es bastante dificultosa.
Catarro.—Ay! ¿Qué medianamente hace usted los cantares?
 Sr. D. J. G. E.—Alicante.—No se moleste usted: aquellos versos no tienen diez sílabas aunque lo digan frailes descalzos.
Sitiro.—Granada.—Ese género de poesía no *emaja* en el periódico. Es el que está llamado á *desaparecer*.
Topillo.—También esa está trabajosamente versificada.
 Sr. D. L. D.—Madrid.—Pues.... ¿sabe usted que leida despacio resulta que no tiene gracia?
Estimando.—¿Qué malita es, señor Estimando!
 Sr. D. A. M. B.—Madrid.—Poco *chic* tiene eso, aunque sea verdad.
 Sr. D. V. M.—Madrid.—Idem, eadem, idem.
 Sr. D. E. E.—Madrid.—Debo advertir á usted que los pies quebrados deben también tener su ritmo correspondiente.
Fray Cualquiera.—Ese estilo es demasiado hueco y altisonante.... ¿no le parece á usted?
 Sr. D. S. V. M.—Malos cantares. Menos mal que son pocos.
D. Bureau.—¡Ay! No servía.
 Sr. D. P. E.—Madrid.—Si viera usted qué antiguo se ha hecho eso á estas fechas!
Fray Cato.—¡Uf. También se ha pasado de moda.

DE LA MURGA



— Pues mira, si sigues aplicándote, acabarás por ser un Paganini.
— ¡Quiá! Yo seré un Dondorini toda la vida.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2160.

ESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINEBIO DELBADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAFORA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los librerías y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.